

REVISTA FILIPINA

☀
Verano 2013
Volumen 1, Número 1

Revista semestral de lengua y literatura hispanofilipina

<http://revista.carayanpress.com>

Dirigida por Edmundo Farolán desde 1997.

ISSN: 1496-4538

Segunda Etapa

RF

COMITÉ EDITORIAL:

DIRECTOR: Edmundo Farolán

SUBDIRECTOR: Isaac Donoso

SECRETARIO: Andrea Gallo

WEBMÁSTER: Edwin Lozada

REDACCIÓN: Jorge Molina, David Manzano y Jeannifer Zabala

COMITÉ CIENTÍFICO:

Pedro Aullón de Haro
Universidad de Alicante

Joaquín García Medall
Universidad de Valladolid

Guillermo Gómez Rivera
Academia Filipina de la Lengua Española

Florentino Rodao
Universidad Complutense de Madrid

Joaquín Sueiro Justel
Universidad de Vigo

Fernando Ziálcita
Universidad Ateneo de Manila

Copyright © 2013 Edmundo Farolán, Revista Filipina

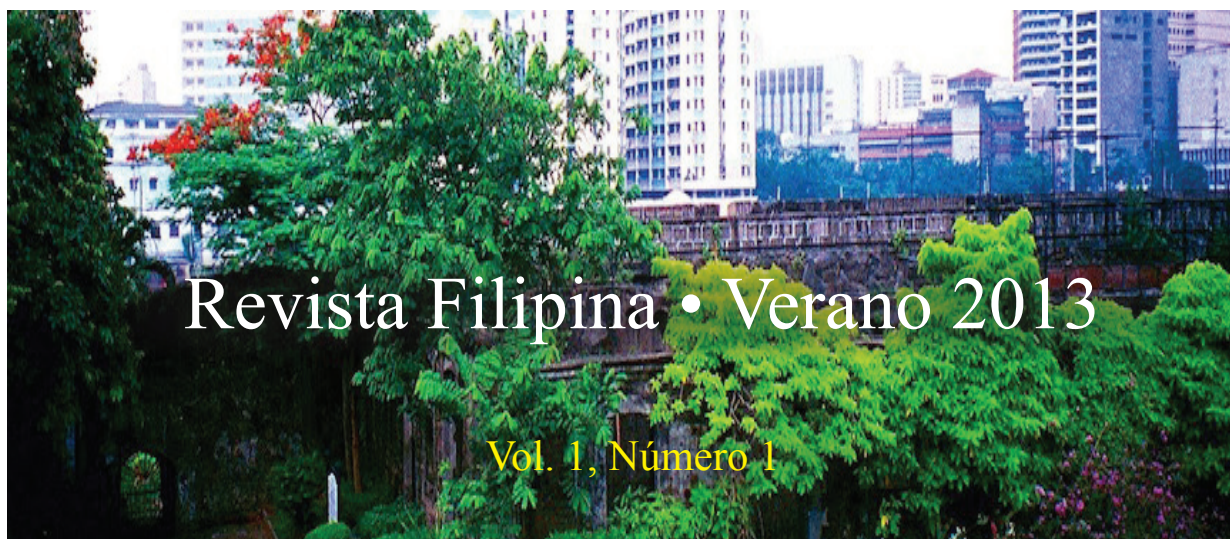
Fotografía de la portada: Fuerte de Santiago, Intramuros, Edwin Lozada

EDITORIAL

Queridos amigos y lectores,

Hoy comenzamos una «Segunda etapa» en nuestra *Revista Filipina*, después de más de quince años de publicación ininterrumpida en la red, lo que nos ha convertido en una de las revistas electrónicas más longevas y antiguas del ciberespacio. En cuanto a la periodicidad de nuestra revista, cambiamos la trimestralidad por dos publicaciones al año, conjugando tanto tomo académico, como biblioteca y boletín de actualidad y creación literaria. A través de sus cartas, recibidas en todos estos años, hemos fortalecido la agitación cultural filipina en clave hispánica, y no podemos sino agradecerles sinceramente su entusiasmo mostrado por la causa hispanofilipina. Así pues, comenzamos un nuevo camino, respaldados por lo que ya tenemos recorrido.

Edmundo Farolán



Fotografía de la portada: Fuerte de Santiago, Intramuros, Edwin Lozada

ÍNDICE

Ensayo

- CUESTIONES DE HISTORIOGRAFÍA LITERARIA FILIPINA (Isaac Donoso) 6

Artículos

- APROXIMACIÓN A LAS REPERCUSIONES EN FILIPINAS
DE LA INTERVENCIÓN ESTADOUNIDENSE (Carlos A. Font Gavira) 13

- UNA HIPÓTESIS QUE PARECE CUMPLIRSE (Florentino Rodao) 21

- EL CATÓLICO ROSTRO DE FILIPINAS (Iván Vélez Cipriano) 23

Reseñas y comentarios bibliográficos

- LAS FILIPINIANAS* POR INMA CHACÓN (Isaac Donoso) 28

- THE MAGELLAN FALLACY. GLOBALIZATION AND THE EMERGENCE
OF ASIAN AND AFRICAN LITERATURE IN SPANISH (Isaac Donoso) 30

- PECES DE LUZ / TANRENGAS EN DOS IDIOMAS*
POR MARJORIE EVASCO Y ALEX FLEITES (Paula C. Park) 33

Creación literaria y actualidad

- EL NOMBRE DE LA GUMAMELA. (Carla Montemayor) 37



Ensayo

CUESTIONES DE HISTORIOGRAFÍA LITERARIA FILIPINA

ISAAC DONOSO

I

En el proceso de comparación literaria, diversos pueden ser los elementos a comparar. La comparación puede incluir dos o más elementos del espacio creativo, referirse a realidades geográficas dispersas e incluso comparar antípodas literarias. Pero la comparación puede también aludir a tiempos creativos, transformaciones literarias ocurridas en un mismo espacio geográfico a través de los siglos. Lo que ya es menos frecuente es la existencia de diversas tradiciones literarias en diversas lenguas superpuestas en el tiempo y en el espacio para reflejar una misma realidad, que todas ellas se arroguen el estatus nacional y que paradójicamente se ignoren mutuamente. Éste es el sino de la historia literaria en el Archipiélago Filipino.

Los primeros testimonios de literatura producida en el Archipiélago Filipino se componen de tradiciones orales transmitidas en lenguas autóctonas. La epopeya — narración que sigue una salmodia declamatoria— será sin duda el principal género de este patrimonio intangible¹. Con la llegada del Islam el archipiélago pasó a formar parte de un mundo cultural y económicamente globalizado, y se produjo una literatura particularmente rica con influencias del mundo del Océano Índico². No obstante, el gran

¹ Sobre las epopeyas filipinas véase: E. Arsenio Manuel, “A Survey of Philippine Epics”, en *Asian Folklore Studies*, 22 (1963), pp. 1-76; Nicole Revel (ed.), *Literature of Voice. Epics in the Philippines*, Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 2005; Grace Nono, *The Shared Voice Chanted and Spoken Narratives from the Philippines*, Manila, Anvil, 2008.

Son de especial relevancia los trabajos realizados por la investigadora francesa Nicole Revel, a consecuencia de los mismos el Archivo de la Universidad Ateneo de Manila en Quezon City posee el mayor registro audiovisual del patrimonio oral filipino, fondo conocido como *Philippine Oral Epics* (actualmente en proceso de digitalización).

² Sobre la literatura de las comunidades islámicas en Filipinas véanse: Samuel K. Tan, *The development of Muslim Literature*, [s.l.], [s.n.], 1978; Nagasura T. Madale, *Tales from Lake Lanao and other essays*, Manila, NCCA, 2001; Gérard Rixhon, “Tausug Oral Literature”, en *People of the Current: Reprints from Sulu Studies*, Manila, NCCA, 2001; Nicole Revel (ed.), *Silungan Baltapa: Le Voyage au ciel d'un hero Sama/ The Voyage to Heaven of a Sama Hero*, Paris, Geuthner, 2005. Son de especial relevancia los artículos publicados en la revista *Sulu Studies* (Jolo, Notre Dame College).

Por lo que se refiere a obras concretas, se podrían mencionar las siguientes: Juan R. Francisco, *Maharadia Lawana, edited and translated with the collaboration of Nagasura T. Madale*, Quezon City, Philippine Folklore Society, 1969; Nagasura T. Madale, *Raja Indarapatra: A Socio-Cultural Analysis*, Quezon City, Asian Center, Universidad de Filipinas, tesis doctoral, 1982; Clement Wein, *Raja of Madaya. A Philippine Folk-Epic*, Cebu, Universidad de San Carlos, 1984; Ali Aliman, *Lagia Indarapatra, A Magindanaon folk narrative: Some notes on Islamic influence*, Quezon City, Universidad de Filipinas of Islamic Studies, tesis de máster, 1986; DD. AA., *Darangen: in original Maranao verse with English translation*, Marawi City, Mindanao State University, 1986-1992, 5 vols.

momento cultural en la historia del archipiélago tendrá lugar con la llegada de los españoles, lo que hizo que geográficamente se mirase hacia el Este del Pacífico en lugar de hacia el Oeste del Índico. La cultura internacional islámica había llegado al Archipiélago Filipino desde el Oeste cardinal. A partir del siglo XVI cultura occidental se introduciría paradójicamente desde el oriente geográfico, haciendo participar a Asia de las revoluciones europeas del Renacimiento. La administración española del Archipiélago Filipino verá la gestación de una sociedad cosmopolita y planetaria por primera vez en la historia:

Los mestizajes de Asia sobresalen frente a los mestizajes americanos. Si estos últimos edificaron una sociedad mezclada, a escala continental, los primeros esbozaron ya las mezclas planetarias, simbolizadas por las vueltas al mundo que realizaron seres o familias llevados por las corrientes de una ‘economía-mundo’. En estos primeros decenios del siglo XVII mestizos de Asia y cristianos nuevos exploraron las vías nuevas y peligrosas del cosmopolitismo³.

La transmisión cultural hispánica efectuada en el medio asiático por medio de la creación de «Filipinas» en el siglo XVI dará lugar a la articulación de toda una revolución cultural: desde la imprenta al alfabeto latino, pasando por la ciencia europea y la creación de la primera universidad en Asia⁴. A partir de este momento, las lenguas filipinas se desarrollarán a la par que la lengua española se aclimatada al contexto asiático, haciendo del Barroco filipino un mundo ciertamente paradigmático.

II

En este contexto hay que situar la primera de las grandes escisiones en un marco general de Letras Filipinas. La literatura generada en lengua española desde el período de 1565 a 1898 —bien por españoles, por criollos, por mestizos, chinos o naturales— no es entendida como parte de la literatura filipina en tanto no tenga un valor nacionalista. De este modo todo un universo literario queda relegado a un cajón de sastre: “literatura colonial de Filipinas”. Por el contrario, la influencia determinante que tal literatura tuvo en el devenir de las literaturas en lenguas vernáculas, sí es estudiada como parte consustancial del canon nacional⁵. Nos encontramos por lo tanto con tres

Un tema paralelo es el impacto y presencia del Islam en la literatura filipina en general. Véase: Isaac Donoso, “El Islam en las Letras Filipinas”, en *Studi Ispanici*, Roma & Pisa, Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, XXXII (2007), pp. 291-313.

³ Carmen Bernard y Serge Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo. Tomo II: Los Mestizajes, 1550-1640*, México, FCE, 1999, p. 497.

⁴ Cf. Vicente L. Rafael, *Contracting Colonialism. Translation and Christian Conversion in Tagalog Society under Early Spanish Rule*, Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 1988; Fernando Zialcita, *Authentic Though not Exotic. Essays on Filipino Identity*, Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 2005; Isaac Donoso Jiménez, “El modelo universitario europeo en Asia: la Universidad de Santo Tomás de Manila (1611) y la civilización filipina”, en *Hispanogalia. Revista hispanofrancesa de Pensamiento, Literatura y Arte*, París, Embajada de España en Francia, IV (2007-2009), pp. 151-163; Id., “El Humanismo en Filipinas”, en Pedro Aullón de Haro (ed.), *Humanismo. Teoría Cultural de Europa*, Madrid, Verbum, 2009, vol. VI, pp. 283-328.

⁵ En poesía, la introducción del Romancero hispánico y su adaptación en lenguas vernáculas a través de las formas poéticas conocidas como *Awit* y *Corrido*. En teatro, los dramas de capa y espada y la tradición de moros y cristianos, a través de la *Komedya* o *Moro-Moro*. En prosa, la primera novela en lengua tagala, *Baarlán at Josaphat* en 1712, traducción de la misma en español por Baltasar de Santa Cruz en 1692. Cf. Bienvenido L. Lumbea, *Tagalog Poetry 1570-1898. Tradition and Influences in its Development*, Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 1986; Damiana L. Eugenio, *Awit and Corrido. Philippine Metrical Romances*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 1987; Isaac Donoso Jiménez y Jeannifer Zabala Priel, *Romanços filipins del Regne de València*, Onda, Ayuntamiento (en

siglos de creación literaria en español en Asia, no sólo relegada, sino absolutamente dispersa en ejemplares únicos. Este patrimonio, la literatura barroca y decimonónica filipina en español, es una de las islas literarias —una de las más ignoradas— de la actual crítica en el país.

Una segunda parcela, vinculada también con la lengua española, es la literatura generada indiscutiblemente por filipinos en español, esto es, siendo Filipinas ya una entidad nacional o en su defecto una nacionalidad aspirada, cronológicamente comprendida entre el último cuarto del siglo XIX (período de la *Propaganda* hacia la Revolución) hasta el presente⁶. Esta literatura, entroncada sin duda con la anterior (aunque inexplicablemente separada por la crítica) tiende a ser la denominada propiamente como “Literatura filipina en español”, “Literatura hispanofilipina”, o “Literatura fil-hispana”⁷.

La tercera escisión literaria filipina se produce con la imposición de un sistema de instrucción exclusivo en lengua inglesa poco después de abortada la República de Malolos en 1899. El sistema estadounidense fomentó la gestación de nuevas élites afines por medio de *pensionados* que estudiaban becados en Estados Unidos, los cuales a su vuelta representaban el principal germen de crisis generacional, disociándose de la cultura de sus padres⁸. Literariamente, cuando se había llegado a un estadio de linealidad en consonancia con los impulsos estéticos, se tuvo que volver a comenzar de cero, es decir, con el abecedario. De este modo es como testimonia la crisis generacional el autor más importante de la literatura filipina en lengua inglesa, Nick Joaquín: ‘*A people that had got as far as Baudelaire in one language was being returned to the ABC’s of another language*’⁹.

prensa); Isaac Donoso, “The Hispanic *Moros y Cristianos* and the Philippine *Komedya*”, en *Philippine Humanities Review*, Quezon City, Universidad de Filipinas (en prensa).

⁶ Para la producción reciente en español, véase: Isaac Donoso y Andrea Gallo, *Literatura Hispanofilipina Actual*, Madrid, Verbum (en prensa).

⁷ En torno a los diferentes conceptos, un primer planteamiento de la cuestión puede encontrarse en Andrea Gallo, “Contemporary Hispanophilippine Literature”, en Isaac Donoso (ed.), *More Hispanic than We Admit. Insights into Philippine Cultural History*, Quezon City, Vibal Foundation, 2008, p. 378; Id., “¿Existe una literatura hispanofilipina contemporánea?”, en Isaac Donoso (ed.), *Civilización Filipina y Relaciones Culturales Hispano-Asiáticas, Cuaderno Internacional de Estudios Hispánicos y Lingüística*, Humacao, Universidad de Puerto Rico (en prensa).

Entendiendo esta “literatura hispanofilipina” del modo señalado, se han escrito los únicos libros breves que tratan de forma sucinta la producción en español en el archipiélago: Estanislao Alinea, *Historia analítica de la literatura filipinohispana*, Ciudad de Quezon, Imprenta Los Filipinos, 1964; L. Mariñas Otero, *La literatura filipina en castellano*, Madrid, Editora Nacional, 1974; Delfín Colomé, *La caución más fuerte*, Manila, Instituto Cervantes, 2000. Caso aparte es el volumen sobre los ecos filipinos en la literatura española del ex-embajador de España en Filipinas Pedro Ortiz Armengol, *Letras en Filipinas*, Madrid, Polifemo, 1999.

⁸ Cf. Michael Cullinane, *Ilustrado Politics: Filipino elite response to American Rule, 1898-1908*, Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 2003; Renato Constantino, *The making of a Filipino. A Story of Philippine Colonial Politics*, Quezon City, [s.e.], 1969.

⁹ Nick Joaquín, *The Woman Who Had Two Navels*, Manila, Bookmark, 2005, pp. 170-171.

En este punto se encuentra la problemática de la tradición hispánica en Filipinas: lo hispánico no hace referencia a lo español, sino que lo hispánico es base fundacional del nacionalismo filipino. He aquí por lo tanto que se produce un conflicto identitario en torno al uso político del concepto de “civilización”, conflicto que no se resolverá sino que se irá reformulando a lo largo del siglo XX: “I wonder if in the debate over the Filipino’s original identity there is not an unexpressed desire to return to the foetal position — a desire, one might say, to de-circumcise ourselves and reassume the simpler identity of the child. The pagan tribesman would call such a desire shameful; the Christian would call it the sin against the Holy Ghost; but certain militants of today would call it nationalism when it’s the exact opposite of nationalism. Nationalism is a very complex and advanced stage of political development, something that occurs late in history, and only after clan and tribe have been outgrown. So how can we say we are being nationalist when we advocate a return to our pre-1521 identity when that was a clan identity, a tribal

Al vaciar de contenido el nacionalismo filipino, Estados Unidos se arrogaba la legitimidad de dar “civilización” a una nación que no la poseía¹⁰, cuando lo cierto es que Filipinas contaba con imprenta y universidad desde hacía tres siglos. En esta encrucijada, la literatura nacional filipina será la escrita en español, como arma de defensa intelectual ante el fracaso de la defensa física y la derrota en la guerra filipina-norteamericana (1899-1906). He aquí que el periodo de mayor y mejor producción literaria filipina en lengua española se dará después de 1898, cuando los filipinos cuenten como única defensa la cultura y la intelectualidad gestada a finales del siglo XIX¹¹:

English displaced both Spanish and the vernaculars as the primary symbolic system through which Filipinos represented themselves, that is, constituted themselves as colonial subjects with specific positions or functions in the given social order [...] English become the wedge that separated the Filipinos from their past and later was to separate educated Filipinos from the masses of their countrymen¹².

Finalmente, una cuarta escisión se dará paulatinamente al perderse la capacidad de defensa intelectual a través de la lengua española, y por surgimiento del tagalo como voz instaurada en el clamor de un pueblo¹³. Durante el periodo de entreguerras y a medio camino entre la *Belle Époque* elitista y el *Little Brown Brother* como consigna colonialista, la literatura en lenguas vernáculas vivirá igualmente su apogeo. En este momento empezará a formarse una literatura en lengua tagala de ámbito nacional, manifestando la división entre el diletantismo narcisista de la literatura filipina en inglés (p.e. José García Villa) y la lucha social de la literatura en lengua tagala (p.e. Amado V. Hernández)¹⁴. A medio camino, la generación perdida representada por Nick Joaquín y

identity? To recapture our pre-1521 identity, we would first have to abolish this nation called the Philippines”, en Nick Joaquín, *Culture and History. Occasional Notes on the Process of Philippine Becoming*, Manila, Solar Publishing Corporation, 1989, p. 245.

¹⁰ Cf. Paul A. Kramer, *The Blood of Government. Race, Empire, the United States and the Philippines*, Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 2006.

¹¹ Cf. O. D. Corpuz, *The Roots of the Filipino Nation*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 2005, 2 vols.

¹² E. San Juan Jr., *Writing and National Liberation. Essays on Critical Practice*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 1991, p. 96.

“But our distorted attitude to foreign languages is amply demonstrated in the cavalier attitude with which educators regarded and finally got rid of required Spanish learning. Part of the prejudice against Spanish is, of course, due to the great American-induced prejudice against the Spanish part of our history. But the prejudice has been counterproductive because illiteracy in Spanish has disabled millions of Filipinos from reading into the archives of their past as well as linking with Spanish-using countries at the present without American English intervention”, en Rolando Tinio, *A Matter of Language. Where English Fails*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 1990, p. 96.

¹³ “When an official language was an artificial thing, created by international elites, and spread as far as possible among local populations, it is understandable that the bigger budget should have created the bigger language. But when the population starts to grow, as the urban population of Metro Manila has, its language (Tagalog) has come to dominate the country just as its speakers have, English or no English”, en Nicholas Ostler, *Empires of the Word. A Language History of the World*, Nueva York, Harper Perennial, 2006, pp. 378-379.

¹⁴ E. San Juan Jr., “From Jose Garcia Villa to Amado V. Hernandez. Sketch of a Historical Poetics”, en Elmer A. Ordóñez (ed.), *Nationalist Literature. A Centennial Forum*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 1996, p. 189.

el conflicto de identidad¹⁵, y autores *pensionados* que buscan purgar oligarquías en la lengua del oligarca¹⁶.

III

En este panorama de construcción nacional de un pueblo filipino, la creación artística, en este caso la escritura, ha ido paralela a la tortuosa formación de su Estado. En Filipinas existe una gran diversificación, parcelas, islas literarias independientes, ignorantes unas de otras, las cuales testifican no la falta de voluntad por un proyecto nacional, sino lo más turbador, la falta de herramientas para poderlo alcanzar. Y aquí hay que situar la propia historia del nacionalismo filipino: gestado en lengua española, abortado en inglesa y refundado en tagala. Todo ello lleva a que existan tres grandes literaturas nacionales en Filipinas: en español, en inglés y en tagalo (que pasará a constituir la base de la lengua nacional —*Wikang Pambansa*— primero como “pilipino” y desde 1987 como “filipino”).

Las tres tradiciones representan compartimentos estancos, mundos autónomos a los que la crítica no ha podido subsumir (siendo un factor importante la incapacidad actual de acceder a las obras originales en español). Consecuentemente, se ha seleccionado lo más mínimo de cada segmento para establecer un breviario de enseñanza en los colegios, que va del *Florante at Laura* de Francisco Baltazar (tagalo); al *Noli me tangere* y *El Filibusterismo* de José Rizal (español), junto al drama *A Portrait of the Artist as Filipino* de Nick Joaquín (inglés). Por medio de traducciones y antologías se ha creado un canon heterogéneo que incluye retazos de cada tradición literaria, desde pinceladas mínimas de literatura filipina en español, relatos y poemas en inglés, a las llamadas literaturas regionales en las diferentes lenguas vernáculas del archipiélago¹⁷. Ello representa el eventual canon literario nacional filipino, relegando todos los restantes mundos literarios al anonimato y al olvido¹⁸.

El Archipiélago Filipino se compone de más siete mil islas comprendidas entre el Mar de China y el Océano Pacífico, entre el sur de Taiwán y el norte de Indonesia. Tal diversidad geográfica, concebida por los diferentes procesos históricos como unidad política, se encuentra en el momento presente —tras una abortada y turbulenta gestación nacional— con el reto de definir una identidad en un continente asiático en constante efervescencia. La literatura no es ajena a este momento de definición nacional, en el cual se negocian los cánones en consonancia con los deseos y aspiraciones de una nación en ciernes, pero que no puede mirar inconscientemente al futuro sin haber asumido el curso del pasado.

Consecuentemente nos encontramos con la gran cuestión que acucia la literatura filipina contemporánea: la capacidad de integrar en un paradigma nacional las tres grandes islas históricas en español, en inglés y en filipino (tagalo), así como las

¹⁵ Cf. E. San Juan Jr., *Subversions of desire. Prolegomena to Nick Joaquin*, Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 2006.

¹⁶ Así encontramos autores incluso en nuestros días que se arrogan la capacidad de representar la voz popular y la expurgación neocolonial, escribiendo contradictoriamente en inglés.

¹⁷ La principal obra de referencia en colegios e institutos es: Bienvenido Lumbera y Cynthia Nograles, *Philippine Literature: A History and Anthology*, Manila, Anvil, 1997.

¹⁸ La negligencia no sólo afecta a la literatura filipina en español, por la práctica imposibilidad de acceder a la lengua por parte de la inmensa mayoría de filipinos, sino sorprendentemente a las propias literaturas regionales filipinas —que dado el estado al que han llegado, han empezado a ser catalogadas como “literaturas marginales”— y, más sorprendentemente, a la propia literatura filipina en inglés, la cual es muy poco leída y paulatinamente se relega del canon nacional por disociarse con la lengua de la gente.

múltiples islas literarias en lenguas vernáculas, cuyas obras de valor deberían de pasar del estatus de obra regional al de obra nacional¹⁹. De este modo se entendería la creación filipina como producto artístico coherente de una comunidad con su realidad. Se trataría de cohesionar en un mismo paradigma las diferentes escrituras, analizadas en la actualidad como verdaderas islas sin vinculación unas con otras, cuando lo cierto es que todas han surgido en un determinado contexto socio-histórico, a pesar de haber sido escritas en diferentes lenguas; por un hecho obvio: Filipinas es un archipiélago multilingüe. Precisamente por esta característica *archipelágica* de la geografía filipina, si su cohesión como Estado ha sido posible, su cohesión cultural debe atender igualmente al análisis comparado de sus diferentes tradiciones escriturarias como un único cuerpo común, en diferentes lenguas, pero con una semejante coyuntura²⁰. En esto consiste el proceso de comparación interna —*intracomparatismo*— que tiene como fin establecer un marco general y enriquecedor de Letras Filipinas:

History is what we are; national literature is what we ought to be. In this light, our national literature can be in any language, though it cannot be about anything but Filipino [...], being benevolent and non-debatable, [we] will purify our archipelagic consciousness²¹.

No obstante, para seguir las consignas del principal poeta filipino vivo en lengua inglesa, Cirilo Bautista, y establecer un canon ‘benevolente y al margen de discusiones’, mal se podría purificar la conciencia archipelágica ignorando cuatro siglos de producción literaria filipina en lengua española, producción activa hasta nuestros días. Y he aquí el gran sino de las Letras Filipinas, mientras se debate en la encrucijada un futuro en lengua filipina (con base en el tagalo) o en lengua inglesa, se ignora un enorme pasado que es quien define el momento presente. Sin la capacidad de sinopsis histórica y plenitud historiográfica, no se podrá asumir el grado de totalidad para entender las Letras Filipinas como toda la producción elaborada y artística desarrollada en el Archipiélago Filipino. Y para poder llegar a ese grado de totalidad, se hace imprescindible en este caso (dada la multiplicidad y el multilingüismo) el comparatismo de fenómenos internos a la realidad filipina.

En definitiva, la purificación archipelágica sólo podrá ser alcanzada en la medida en que se asuma una totalidad histórico-literaria para un mismo referente filipino, donde sin duda el inglés, el tagalo y la multitud de lenguas vernáculas tienen un papel fundamental, pero donde sin duda es *conditio sine qua non* la lengua española.

¹⁹ Véase sobre literaturas en lenguas vernáculas: Elmer A. Ordóñez (ed.), *Many Voices: Towards a National Literature*, Manila, National Commission for Culture and the Arts, 1995.

²⁰ La labor de los galardonados con el *Premio Nacional de Literatura* Virgilio Almario y Bienvenido Lumbera ha sido vital para la reevaluación del comparatismo en Filipinas. Ha ellos se deben las principales obras de crítica y edición literaria en los últimos decenios. Obra representativa puede ser el análisis de las transformaciones poéticas a comienzos del siglo XX de Almario, *Balagtismo versus Modernismo: Panulaang Tagalog sa ika-20 siglo*, Quezon City, Ateneo de Manila University Press, 1984.

²¹ Cirilo F. Bautista, “Some Thoughts of this matter of National Literature”, en Elmer A. Ordóñez (ed.), *Op. cit.*, 1995, p. 10.

“Lo que es necesario es una lectura “archipelágica” —para usar una metáfora de la geografía del país— donde las diferentes literaturas filipinas, la escrita en español incluida, sean leídas como parte de un gran corpus conectado con una historia común, aunque articulado en diferentes lenguas”, en Wylan de la Peña, “¿Dónde se encuentran las Letras Fil-Hispánicas en el canon de los estudios literarios filipinos?”, en *Perro Berde. Revista Cultural Hispano-Filipina*, Manila, 00 (2009), p. 79.

Artículos

APROXIMACIÓN A LAS REPERCUSIONES EN FILIPINAS DE LA INTERVENCIÓN ESTADOUNIDENSE

CARLOS A. FONT GAVIRA

Abstract

Después de expulsar a España de las islas Filipinas tras la guerra de 1898, los EE.UU. mostraron su verdadera faz y ahogaron en sangre los deseos de independencia de los filipinos. En un principio las promesas de libertad e independencia que pregonaron los estadounidenses fueron creídas pero muy pronto se reveló una nueva dominación colonial. Ésta es la historia de la primera guerra de liberación nacional del siglo XX. Un conflicto ocultado por algunos, no suficientemente tratado por otros y desconocido para la mayoría.

I.

Existe desacuerdo por definir al conflicto que sucedió, después de la derrota española de 1898, entre las tropas de invasión estadounidenses y los revolucionarios filipinos. Tradicionalmente se ha utilizado el término de “insurrección filipina”, que es como lo denominaron en un principio las autoridades militares de EE.UU. No es el término más correcto puesto que el conflicto fue más allá de una sublevación o rebeldía momentánea frente a los nuevos invasores. Estamos hablando claramente de una guerra abierta. En los tiempos actuales ya se maneja el término de “guerra filipino-estadounidense”, la primera guerra de liberación nacional del siglo XX. Por acotar unas fechas el conflicto bélico desarrollado entre Filipinas y el ejército invasor de EEUU se prolongó desde el 4 de febrero de 1899 hasta el 16 de abril de 1902. Una guerra que destacó por su intensidad y ferocidad y por la apariencia de genocidio que anticipó los horrores de la guerra de Vietnam de varias décadas más tarde.



Desembarco de soldados estadounidenses en Mindanao en el verano de 1898.

¿El pueblo de Filipinas no preferiría acaso el gobierno justo, humano y civilizador de esta República, a la regla salvaje y sanguinaria de saqueos y extorsión de la cual los hemos rescatado?
(Albert J. Beveridge)

El gobierno estadounidense había asegurado a los rebeldes filipinos que su único interés residía en derrotar a España, a la cual acusaban de los peores crímenes y actuaciones, mientras que ellos cumplían su papel de “libertadores de los pueblos”. Hay que tener en cuenta que el interés supremo de los EE.UU. en la guerra contra España era Cuba y el área del Caribe, nunca pensaron que la victoria se ofrecería tan contundentemente en el Pacífico. Así pues, se vieron de pronto con el dominio de las Filipinas y de algunas islas del Pacífico que habían estado bajo soberanía española, como la isla de Guam. El gobierno estadounidense, y el presidente McKinley a la cabeza, no tenían muy claro qué hacer con las islas, incluso se duda que supieran situarlas en el mapa. De la idea difusa y poco concreta que tenían de las Filipinas en la Casa Blanca es prueba que el 7 de noviembre de 1900, EE.UU. compró por 100.000 dólares las islas de Sibutú y Cagayán de Joló, que los comisionados estadounidenses no incluyeron en el Tratado de París de 1898.



Alegoría sobre la incorporación a los EE.UU. de Hawái, Cuba y Filipinas

El presidente McKinley tenía que elaborar un discurso para definir la actuación de sus soldados allí, que justificara su permanencia, puesto que los españoles, los enemigos a batir, ya habían sido derrotados. Con bastante retórica y paternalismo el presidente estadounidense difundió la siguiente proclama:

...debe ser el deseo encarecido y la mira primordial de la Administración militar ganarse la confianza, el respeto y el afecto de los habitantes de Filipinas, asegurándoles por todos los medios posibles aquella medida colmada de derechos y libertades individuales que son el legado de los hombres libres...

Tras este discurso tan ético, se escondía otras intenciones que muy pronto se iban a mostrar en suelo filipino.

Los que sí tenían una idea muy clara de los intereses estadounidenses y por dónde tenía que ir dirigida la política exterior de los EE.UU. eran los círculos imperialistas congregados en grupos industriales, comerciales y empresariales. Albert J. Beveridge declaró lo siguiente sobre el interés de permanecer en Filipinas:

Las riquezas de las Filipinas apenas han sido tocadas por los métodos modernos. Producen lo que consumimos y consumen lo que producimos: la misma predestinación de la reciprocidad, una reciprocidad que no se hace con las manos, sino que es eterna en los cielos. Venden cáñamo, azúcar, cocos, frutas tropicales, maderas preciosas como la caoba; compran harina, ropa, herramientas, maquinaria y todo lo que podamos cultivar y producir.

Y de una manera más taxativa y rotunda sentencia lo siguiente: “*Su comercio será nuestro en el futuro*”.

Así pues, los discursos bienintencionados sólo servían de pretexto dulcificado de los intereses comerciales y económicos que eran los que instigaban al gobierno estadounidense a permanecer en el archipiélago filipino. Una nueva dominación se avecinaba a los filipinos. McKinley habló de “*que la misión de los Estados Unidos es una misión de Asimilación Benévola*”, con lo que los deseos de independencia nacional y libertad para el pueblo por los que habían luchado Rizal, Aguinaldo y otros, quedaron en suspenso. McKinley explicaría, también, que “*los filipinos eran incapaces de auto gobernarse*”, y que Dios le había indicado que no podían hacer otra cosa más que “*educarlos y cristianizarlos*”, a pesar de que las Filipinas ya habían sido cristianizadas por los españoles a lo largo de varios siglos.

II.

Mientras los estadounidenses hacían su política, los filipinos hacían la suya. Los filipinos, que ya habían declarado la independencia el 12 de junio de 1898, constituyeron provisionalmente un gobierno revolucionario para atender el esfuerzo de guerra y el 1 de enero de 1899, Emilio Aguinaldo fue declarado primer presidente. Más tarde organizó un congreso en Malolos, Bulacán, para redactar una constitución. Las tensiones entre los soldados filipinos y estadounidenses en las islas surgieron debido a los movimientos por la independencia, contrarios a la nueva colonización que se avecinaba, agravado por la presencia de más de 20.000 soldados de EE.UU. en las islas. El 23 de enero, como respuesta a los intentos asimilacionistas del gobierno estadounidense, los filipinos proclamaron la I República de Filipinas, la cual nació herida de muerte, pues no tuvo reconocimiento internacional por parte de ningún país. De haber triunfado, hubiera sido nada más y menos que el primer país asiático independiente tras la colonización. Por desgracia a principios de siglo XX no soplaban vientos de emancipación sino de dominación. Las hostilidades comenzaron el 4 de febrero de 1899, cuando un soldado estadounidense disparó a un soldado filipino que estaba atravesando un puente en el territorio estadounidense ocupado de San Juan del Monte; un incidente que los historiadores consideran el inicio de la guerra.

La administración del presidente estadounidense McKinley jamás emitió una declaración de guerra. El gobierno estadounidense pensaba que declarando la guerra, la

insurrección filipina parecería una rebelión contra un gobierno legal, aunque la única parte de Filipinas bajo control estadounidense era Manila. Emilio Aguinaldo, uno de los próceres de la lucha contra los españoles y abanderado de la independencia filipina, fue tachado por los estadounidenses como “bandido fugitivo”. De esta manera se señalaba claramente al nuevo enemigo a vencer. Posteriormente, muchos años después, Emilio Aguinaldo, ante la pregunta del periodista filipino Guillermo Gómez Rivera sobre si se arrepentía de algo de su vida declaró:

Sí. Estoy arrepentido en buena parte por haberme levantado contra España y, es por eso, que cuando se celebraron los funerales en Manila del Rey Alfonso de España, yo me presenté en la catedral para sorpresa de los españoles. Y me preguntaron por qué había venido a los funerales del Rey de España en contra del cual me alcé en rebelión... Y les dije que sigue siendo mi Rey porque bajo España siempre fuimos súbditos, o ciudadanos, españoles pero que ahora, bajo los Estados Unidos, somos tan solo un Mercado de consumidores de sus exportaciones, cuando no parias, porque nunca nos han hecho ciudadanos de ningún estado de Estados Unidos... Y los españoles me abrieron paso y me trataron como su hermano en aquel día tan significativo...”.

Los historiadores han entablado numerosos debates para definir esta situación de guerra abierta pero no declarada entre los filipinos y el ejército y administración de los EE.UU. Algunos lo consideraron una rebelión filipina, pasando por quienes reconocen que el conflicto fue una guerra en toda regla, hasta los que, en base a los resultados del conflicto, llaman a estos sucesos el «genocidio filipino». En efecto, los norteamericanos aplastaron sin contemplaciones el levantamiento filipino, causando innumerables daños a la población civil filipina. En uno de los más vergonzosos episodios de esta sangrienta represión, el general Jacob Smith llegó a ordenar la ejecución de cualquier filipino mayor de diez años. La quema de aldeas, la tortura y las violaciones por parte del ejército estadounidense también fueron abundantes. Estados Unidos practicó la tortura de las llamadas “curas de agua” que obligaban al prisionero a ingerir cantidades ingentes de líquido, produciéndose muchas veces la muerte por colapso.

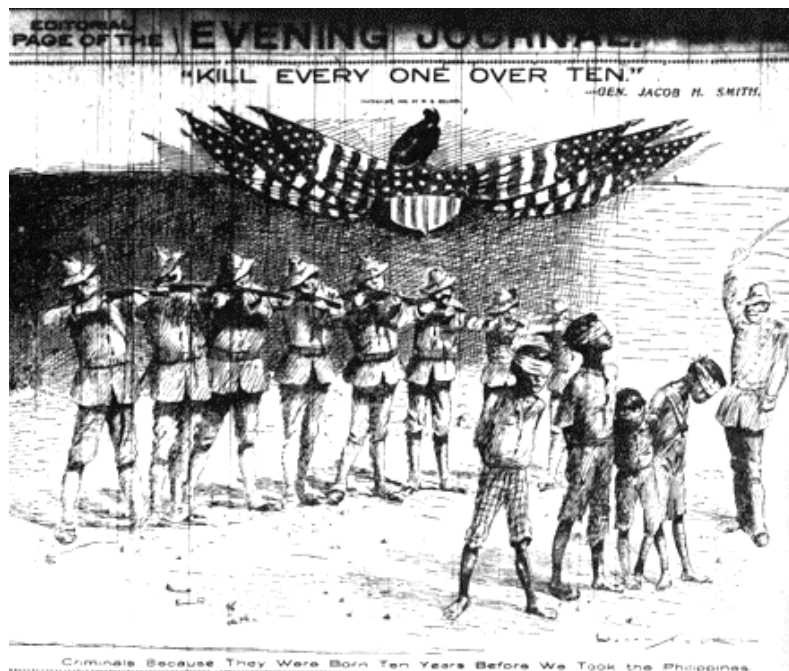
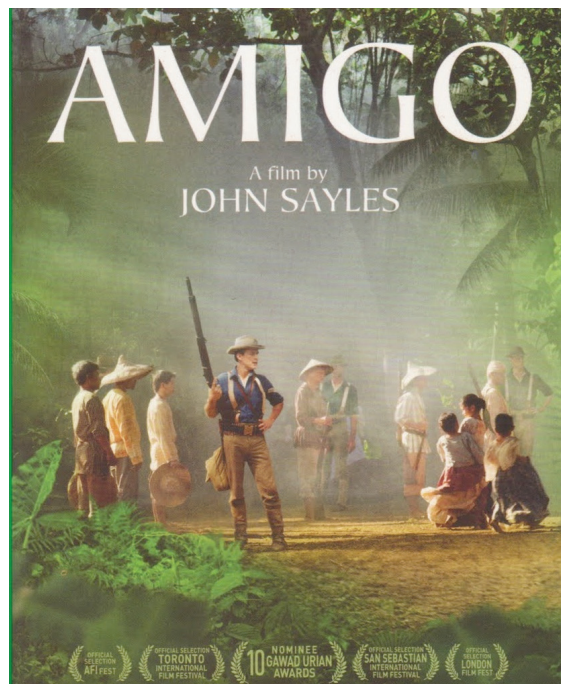


Imagen de prensa mostrando la orden dada por el General Smith

“Matad a los mayores de diez” publicada en el *New York Journal*, en 1902.

Muchos de los soldados estadounidenses empleados en esta guerra eran veteranos de otras campañas militares como la revuelta de los Boxer en China y de Cuba. Estos soldados no solían hacer prisioneros y utilizaron métodos brutales con tintes genocidas para llegar al exterminio de la población. Estos soldados cortaron el aprovisionamiento de agua potable a numerosas aldeas hostiles para rendirlas por sed y diezmarlas mediante la propagación de enfermedades. También arrasaron poblados enteros como hicieron con Balangiga, en la isla de Samar, “...que hemos dejado tan tranquila y pacífica como un cementerio”. Estos soldados también atacaron a los medios de subsistencia de los filipinos, e igual que hicieron en Norteamérica con los bisontes respecto a los indios, en Filipinas exterminaron a la mayor parte de los carabaos, para condenar a la población a la inanición. Por aportar un dato escalofriante; al sur de Manila, en la provincia de Batangas, en 1896 se contabilizaban unos 40.000 habitantes y 19.500 hectáreas de cultivos; en 1900 tan sólo habían sobrevivido 11.560 y 632, respectivamente.

El público estadounidense tan acostumbrado a ver en la filmografía títulos sobre las guerras en las que ha intervenido su ejército (Segunda Guerra Mundial, Vietnam, Irak...) no encuentra un solo título que se haga eco de esta guerra implacable en suelo filipino llevada a cabo por sus soldados. En este desierto cinematográfico cabe mencionar la excepción de la película *Amigo* (2010) del director John Sayles. La película se centra en Rafael Dacanay, cabeza del barrio de San Isidro, en una área arrocera de Luzón, Filipinas. Su hermano Simón, es jefe de la guerrilla local que ha expulsado a los españoles. Pronto llega una guarnición estadounidense al mando del Teniente Ike Compton para pacificar la zona y mantener la seguridad. La política de ocupación estadounidense evoluciona de “corazones y mentes” a “concentración” (lo que se denominó *hamletting* durante la guerra de Vietnam) y Rafael tiene que responder tanto ante los americanos como ante los patriotas filipinos, con consecuencias mortales.



Portada de la película *Amigo* (2010), dirigida por John Sayles

El historiador norteamericano Paul A. Kramer señala que el comportamiento de las tropas norteamericanas provocó la indignación de los anti-imperialistas, quienes abiertamente denunciaron la quema de iglesias, la profanación de cementerios y la ejecución de prisioneros. Intelectuales como Mark Twain lanzó una protesta con la sugerencia de “*sustituir la bandera de Estados Unidos por la despiadada enseña negra de los piratas*”. No obstante, la mayoría de la opinión pública norteamericana, encauzada y enardecida por la prensa amarilla de William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer, estuvo a favor del expansionismo, apoyando la guerra y la anexión de los nuevos territorios. No es descabellado comparar esta situación con la que décadas después ocurrió en Vietnam. Los paralelismos son apabullantes: derrota de una potencia colonial europea (primero España, después Francia), protagonismo de los grupos nacionalistas asiáticos (primero los revolucionarios filipinos y después el Viet Minh) y, en ambos casos, los Estados Unidos irrumpen con fuerza en el escenario.

III.

A la par que se desarrollaba la guerra militar, la guerra cultural también se extendía. Ésta es una guerra más sutil y perversa pero con propósitos perniciosos. El objetivo era erradicar todo lo que significara el legado hispano de las islas: religión, idioma, costumbres. Según Luciano de la Rosa, autor de *El Filipino: Origen y Connotación* (Manila, 1960):

Es de esperar que una enorme proporción de esas bajas sean filipinos de habla hispana ya que eran los de este habla los que mejor entendían los conceptos de independencia y libertad y los que escribieron obras en idioma español sobre dichas ideas.

Un verdadero genocidio cultural. La guerra de Estados Unidos contra los filipinos no sólo destruyó a la citada República de Filipinas, sino que forzó el idioma inglés sobre los habitantes como lengua vehicular y oficial menospreciando todo lo que supusiera la cultura y el legado español en las islas. Sobra decir que el hecho de someter a los habitantes al dominio del inglés no suponía como contrapartida hacerles ciudadanos de Estados Unidos, como ocurrió en Puerto Rico. El cónsul de Estados Unidos en Manila, O. F. Williams, en una comunicación al Secretario de Estado, Mr. Day, en la temprana fecha del 2 de julio de 1898 (aún no había finalizado la guerra contra España) sugirió las siguientes líneas de actuación respecto a la política lingüística:

Cada empresa norteamericana en cada uno de los cientos de puertos y populosos pueblos de las Filipinas será un centro comercial y escuela para nativos dóciles conducentes a un buen gobierno según el modelo, de Estados Unidos. El español o idioma nativo no es esencial. Con la expulsión de los españoles, sigue que nuestro idioma se adopte inmediatamente en los tribunales, puestos públicos, escuelas e iglesias nuevamente organizadas y que los nativos aprendan inglés.

El argumento que se adujo para justificar la imposición del inglés en forma abusiva desde el comienzo de las operaciones militares el 4 de febrero de 1899 fue que el español era muy poco conocido y no era una lengua común en las Filipinas. Por lo tanto surgía la conclusión de que la conversión de la gente filipina en angloparlantes empezaría desde cero, ya que no había ni una lengua europea ni un idioma nativo que se

opusiera a la imposición del inglés como idioma oficial y lengua de comunicación. Es cierto que en todos los siglos de dominio español sobre las Filipinas no estuvo muy extendido el uso y difusión de la lengua española pues estaba circunscrita a las élites políticas, económicas y culturales de Manila pero, también es justo reconocer, que no era una lengua extraña y sin implantación. Creo que la prueba más relevante de la utilización del español como lengua de prestigio fue que las proclamas independentistas filipinas fueran hechas en español y no en otro idioma.

De hecho, a miles de kilómetros de distancia del escenario de guerra, en Madrid, se publicó un periódico en lengua española que dio voz a los que defendían la independencia de Filipinas y denunciaban la agresión estadounidense. Nos referimos a *Filipinas ante Europa*. Era un periódico quincenal que comenzó a publicarse en Madrid a partir del 25 de octubre de 1899, tras la ocupación militar de la excolonia española por parte de Estados Unidos. Su lema será “Contra Norte-América, no; contra el imperialismo, sí, hasta la muerte”. Como es de suponer la circulación del periódico fue prohibida por los norteamericanos en Filipinas. Sus editoriales eran bastante agresivos y directos pero reflejan la tremenda frustración de confiar (en EE.UU.) como sus valedores y verse tan vilmente traicionados. Para más ironía, el periódico se publicaba y editaba en la capital de la antigua potencia colonial a la que habían combatido tan ferozmente. Extraemos algunos ejemplos:

El buitre americano, esa moderna ave de rapiña, terror de la Europa y del Universo entero, ha osado descaradamente sentar su garra en el sacro solar filipino [...] Por eso en jamás de los jamases depondremos la armas, hasta que Mr. Mac Kinley reconozca nuestra personalidad para gobernar nuestra propia casa.

El 28 de marzo de 1901, Emilio Aguinaldo y Famy, primer presidente de Filipinas, fue capturado por fuerzas de los Estados Unidos. La lucha de guerrillas continuó: el 5 de septiembre de 1903 fue capturado Simeón Ola. Macario Sacay asumió la presidencia filipina tras la captura y arresto domiciliario del Presidente Aguinaldo, pero el 17 de julio de 1906 fue engañado mediante políticos filipinos con una falsa oferta de amnistía y la promesa de un puesto en la proyectada Asamblea Nacional. El que fuera segundo presidente de la República de Filipinas fue ahorcado por los militares estadounidenses en 1907.

Al hablar de cifras siempre hay que ser cuidados pero un consenso general aporta la cifra de 20.000 militares filipinos y 4.234 estadounidenses muertos en la contienda. El número de civiles filipinos que perecieron como consecuencia directa de los enfrentamientos sobrepasó el millón de personas, más del 10% de la población (para una población que en 1899 rondaría los nueve millones).

Filipinas vio abortada su independencia, por la que tanto había luchado, cuando su supuesto aliado reveló su traición. La guerra para los filipinos fue algo dolorosamente frustrante pues sólo sirvió para sustituir una potencia colonial por otra. A partir de entonces se inicia una era de dominación estadounidense teniendo los filipinos el dudoso privilegio de ser unos de los primeros pueblos en padecerlo.

Referencias

MOLINA, Antonio, *Historia de Filipinas*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1984.

TAN, Samuel, *The Filipino-American War, 1899-1913*, Quezon City, Universidad de Filipinas, 2002.

WOLFF, Leon, *Little Brown brother. How the United States purchased and pacified the Philipipines*, Singapur, Oxford University Press, 1991.

Una hipótesis que parece cumplirse

Florentino Rodao
Universidad Complutense de Madrid

Hasta ahora, la idea predominante consideraba, a grandes rasgos, que la hispanidad de Filipinas había tenido un declive obvio a partir de la derrota frente a Estados Unidos en 1898, tras la cual por varias razones (tales como el alejamiento de España o la política de la nueva política colonial) ha llegado a la situación actual, en la que está reducida a un grupo minoritario y con un impacto muy limitado en el conjunto de la sociedad. Se han señalado varios momentos cruciales para datar el momento en que ese declive habría sido definitivo, o en los que la masa social hispanohablante perdía una capacidad crítica de autoregeneración. Y en general se ha hablado de un declive uniforme que se ha achacado tanto a razones propias (la desaparición de las personas educadas durante la colonización española) como ajenas (política estadounidense), pero sin señalarse un hecho determinado (con la excepción de la ocupación militar japonesa).

Considero que es necesario reevaluar esta explicación, puesto que ese declive de lo hispano no ha sido homogéneo en el tiempo, sino que ha tenido altibajos importantes, y porque es necesario también enfatizar las motivaciones exteriores y especificar las interiores. Creo que es necesario considerar el período 1935-45 como el punto de no retorno de la hispanidad en Filipinas porque hasta entonces lo hispano había tenido una función para toda la sociedad mientras que tras la independencia en 1946 su función se limitó a grupo limitado dentro de la sociedad filipina. Además, entre las razones internas que condujeron a esa deshispanización, resulta necesario tener en cuenta las disputas internas, un hecho decisivo para entender su influencia hacia el resto de la sociedad. Esta hipótesis comencé a concebirla durante la investigación relativa a mi primera tesis doctoral, *Relaciones Hispano-Japonesas 1937-1945* (Universidad de Madrid, 1993, bajo la dirección del catedrático Juan Carlos Pereira), para la cual hube de consultar documentación relativa a Filipinas relacionada con la ocupación japonesa y con el papel decisivo que tuvo del archipiélago en las relaciones bilaterales hispano-japonesas, tanto antes como después del ataque a Pearl Harbor. Entre esas referencias consultadas en la documentación diplomática del Archivo del Ministerio de Exteriores y Cooperación (AMAE), había referencias reveladoras sobre las expectativas de los hispanistas filipinos ante el final de la colonización americana y además en un congreso de la IAHA (International Association of Historians of Asia) en Hong Kong en el año 1993 pude comprobar el interés de los historiadores filipinos por mis contribuciones.

Franquistas sin Franco. Una historia alternativa de la Guerra Civil en Filipinas (Granada, Comares, 2012) contiene una parte de esa hipótesis de trabajo, como son los años de la Guerra Civil Española y del comienzo de la Mancomunidad Filipina (1935-1939). El libro es resultado de una investigación realizada desde el año 1993, con financiación de varias instituciones, como el Ministerio de Educación japonés o la Fundación Toyota. Mientras tanto, también he estado afiliado a varias universidades, en especial la Complutense y la de Tokio, pero también otras como la de Puerto Rico, Harvard o la del Pacífico Sur. Y como tantos otros investigadores y profesores universitarios, tengo la inmensa suerte de tener tiempo y financiación para buscar documentos, pensarlos y presentarlos en congresos académicos donde me han criticado, animado u obligado a repensar ideas previas.

¿Significa esto que sea cierta mi hipótesis sobre una deshispanización de velocidad variable en Filipinas, exógena y con un período álgido de una década? En absoluto, es una simple hipótesis como tantas otras que se presentan en el ámbito académico, de las cuales unas son refutadas y otras no. Torres más altas han caído y nadie puede asegurar que su investigación es definitiva; de hecho, como tantos otros libros, *Franquistas sin Franco* perderá validez y acabará siendo considerado obsoleto con el paso de los años, aunque tengo la satisfacción de que mi *Franco y el imperio japonés* (Barcelona, Plaza & Janes, 2002) sigue siendo leído, citado y comentado, e incluso ha sido traducido y va a ser prontamente reeditado como e-book en Random House Mondadori. La hipótesis apuntada por *Franquistas sin Franco*, además, es simplemente un avance del trabajo que espero cubra la totalidad del período, desde 1898 hasta los años 1950, y por supuesto mientras continúo esa investigación seguramente habrá cambios que me permitan elaborar subhipótesis alternativas e incluso cambiar la idea inicial. Por de pronto, parece cumplirse, pero puede revelarse incorrecta en un futuro, total o parcialmente, como cualquier otra.

Quizás, la contribución más importante es haber incorporado un estudio académico amplio y profundo a una discusión en la que ha habido contribuciones significativas y aportes importantes, pero principalmente a través de artículos y estudios de breves, pero no monografías de carácter académico. Lo hispano en Filipinas después de 1898 necesita más estudios amplios e investigaciones con financiación suficiente para ser un trabajo académico de referencia: tiempo para permitir que los datos se piensen y reelaboren, congresos para presentar ideas, críticas y evaluaciones por pares previas a la publicación de trabajos parciales en revistas académicas, etc.

Es un campo abierto y cualquiera puede incorporarse, pero el debate tiene unas características bien conocidas para ser académico: las críticas son bienvenidas y necesarias; las animosidades personales no deben interferir; la metodología ha de ser rigurosa; la constatación de hipótesis continua: las ideas y la documentación tomadas de otros textos han de ser reconocida y su exactitud verificada a través de citas, o que el papel de las ideologías políticas ha de ser secundario frente a lo que revela la documentación. En definitiva, para debatir, la única limitación previa es la rigurosidad, lo que ha de permitir que los resultados fluyan por sí mismos; en consecuencia, unos personajes salen mejor parados que otros, unas ideas se mantienen mejor que otras, etc. Eso es la ciencia y es una satisfacción que la *Revista Filipina*, los artículos de sus páginas y las personas de su entorno estén contribuyendo de una forma tan animosa y desinteresada en el conocimiento riguroso de una faceta tan importante de la identidad de Filipinas. Muchas gracias por permitirme y dar la bienvenida a mis argumentos, espero también poder contribuir.

El católico rostro de Filipinas

Iván Vélez Cipriano

Es relativamente frecuente ver, a través de las telepantallas, imágenes de fervientes creyentes cristianos filipinos que conmemoran la Semana Santa sometidos, con extremado realismo, a la crucifixión. Las cruentas escenas proceden de una nación que cuenta con más de 70 millones de católicos, cifra que la sitúa como la primera de Asia y la tercera en el mundo tras Brasil y México.

Como es bien sabido, la fe católica, tras unos intermitentes contactos, comenzó a arraigar con fuerza en tal archipiélago en la segunda mitad del siglo XVI, con el doble objetivo de incorporar a los indígenas a la Ciudad de Dios, y a la vez, al más terrenal Imperio español. Urdaneta y Legazpi son las figuras en las que se puede encarnar tal proyecto evangelizador y político, hispanizador en suma que, con el correr de los siglos, hará aflorar ciertas contradicciones.

La implantación del catolicismo fue dificultosa por diversos motivos entre los cuales se cuentan la gran fragmentación étnica y las estructuras tribales, pero también la propia orografía de las islas. En cuanto al plano político, Filipinas, al margen de su pertenencia imperial en calidad de provincia, supuso una suerte de réplica de lo que las Antillas representaron para Tierra Firme, como bien ha analizado Pedro Insua Rodríguez en su «Hermes en China»¹.

Será a partir de 1898 cuando el influjo español empiece a retroceder gracias a los componentes políticos, pero también ideológicos que condujeron a Filipinas a su independencia política, tras la cual se hallaban unos pujantes Estados Unidos que hicieron lo propio en Cuba. Sin embargo, la huella hispana era demasiado profunda como para borrarse definitivamente, prueba de ello es, por ejemplo, el hecho de que una tercera parte de las palabras en tagalo son de origen español. Otras huellas de carácter fisicalista, también perduran, sirvan de ejemplo obras arquitectónicas como la Catedral de Manila.

Sin embargo, al margen de los planes y programas estadounidenses, antes del 98, la situación en el archipiélago ya acusaba, entre otros, el desgaste derivado de las divergencias entre la perspectiva eclesiástica y política. Para ilustrar este controvertido asunto, nos serviremos de algunos pasajes de la carta enviada por el clérigo español nacido en la localidad conuense de Osa de la Vega, Pedro de la Torre y del Pozo.

De la Torre, obtuvo la licenciatura en cánones, fue vicario general y comendador de la Orden de Carlos III, caballero de la Orden Americana de Isabel la Católica y Benemérito de la Patria. En el terreno libresco, destacan obras debidas a su pluma como: *O el catolicismo o nada, o sea examen de todas las religiones hoy dominantes ante el tribunal de la razón* (Imprenta de Magriña y Subirana, Barcelona 1869), *Historia del Santísimo Rostro de Jesús que se venera en la villa de Osa de la Vega* (Madrid 1874) o *La Medicina del Cielo o La salud para los enfermos y remedio en las necesidades espirituales y temporales, en el que se recogen todos y cada uno de tales remedios* (Madrid 1892).

¹ *El Catoblepas*, n. 71, enero 2008, p. 16, <http://www.nodulo.org/ec/2008/n071p16.htm>

En el primero de los libros citados, De la Torre arremete contra el comunismo, el deísmo, el ateísmo y la «libertad licenciosa», probando la existencia de Dios y entrando después a comparar las distintas religiones, atacando con especial intensidad al protestantismo, pero también al judaísmo y al islam, para concluir que la católica, de elevada moral y tan rica en elaboradas ceremonias –y este es un asunto esencial para nuestro trabajo- es la religión verdadera.

En cuanto a *La Medicina del Cielo...*, nos hallamos ante un libro en el que se recopilan las conexiones, siempre vistas a través de tan particular prisma, entre curaciones y devociones a santos. San Blas, santa Águeda, santa Lucía o san Cristóbal desfilarán por las páginas del volumen vinculadas a enfermedades hoy olvidadas o cambiadas de nombre. Precisamente estos actos curativos debidos a la intercesión de tan distinguidas personas sirven para volver los ojos sobre la *Historia del Santísimo Rostro de Jesús que se venera en la villa de Osa de la Vega*, pues será a través de las relaciones del Santo Rostro con una maravillosa curación, como nos aproximemos a la obra que pretendemos analizar y comentar: una carta escrita por De la Torre desde el Provisorato y Vicaría General de Nueva Cáceres el 16 de octubre de 1882.

La epístola va dirigida a su primo Juan Francisco y arranca describiendo la epidemia de «cólera morbo»² declarada meses antes, y de cómo, un cuadro del Santísimo Rostro que el clérigo poseía fue sacado en procesión junto a la virgen con propósitos curativos. Demos la palabra a don Pedro³:

A esto el cólera iba en aumento, cuando [se] le ocurrió á un devoto del Santo Rostro que los sacerdotes debiamos hacer un voto y por escrito (el cual remito) ofreciendo que si el cólera desaparecía o decrecía notablemente para el día de su festividad que era el 10, que en ese día haríamos una procesión solemne sin escatimar gasto alguno.

A todo eso el colera iba cada vez haciendo mas víctimas, y el día 5 día terrible, pues murieron 154, a las nueve de la noche, el párroco de la Catedral, con dos sacerdotes todos de sobrepellon y rezando el miserere colocaban el voto sobre las andas del Santo Rostro.

Cosa notable; á otro día decreció extraordinariamente el número de las víctimas y llegado el domingo 10, día del Santo Rostro, pudimos hacer una función solemnísimas. Ante un gentío inmenso y después de tercia, se sacó en procesión al Santo Rostro yendo todos los sacerdotes con capa pluvial. Al partir la procesión, el Sr. Obispo, vestido de capa magna y yo de pluvial, cargamos sobre nuestros hombros los brazos delanteros de las andas, y no puedes figurarte la impresión que aquello causó en la multitud, ver al Obispo llevando al Santo Rostro, llorando y pidiendo la salud para sus queridos Diocesanos. Tu ahora puedes calcular lo que en aquel entonces pasaría por mi alma.

Concluida la procesión empezó la misa cantada á toda orquesta, y hubo sermón en el que el orador (el notario eclesiástico de mi Curia) preconizó en el idioma vicol las magnificencias del Santo Rostro, y el nombre de Osa de la Vega, resonaba en las anchas naves del templo.

El templo estaba suntuosamente adornado...

² La incidencia que el cólera tuvo en el siglo XIX, y sus repercusiones políticas, fue de gran importancia. Sirva como ejemplo su influencia, a mitad de centuria, en Centroamérica. Véase, como ejemplo, nuestro trabajo: «Masones y filibusteros en la estela Monroe», *El Catoblepas*, n. 131, enero 2013, p. <http://www.nodulo.org/ec/2013/n131p03.htm>

³ Transcripción íntegra de la carta en el blog *Ruedas Dentadas*, <http://ivanvelez.blogspot.com.es/search/label/Santo%20Rostro>

Ante tan fantásticos resultados, la tela le fue reclamada para que con su presencia diera comienzo la devoción filipina hacia el Santo Rostro. Aparejada a esta devoción, se puso en marcha toda una industria litográfica, musical y editorial, capaz de abastecer a los nuevos devotos. Pasa después De la Torre a relatar con prolijidad el traslado del cuadro desde la Catedral al Santuario de Peña de Francia:

Para trasladar las Santas Imágenes, hicieron un gran buque, revestido de tela que pintaron primorosamente, al que nada faltaba, pues tenía sus palos, jarcias, velas timon, y en cuyos palos ondeaban una infinidad de gallardetes y banderolas. El buque estaba colocado muy artísticamente sobre seis ruedas que no se veían. El timon lo empuñaba un seminarista vestido de marino con su capote y capucha de hule, llevando barba y cabellos postizos de un color que parecía que estaban tostados por el fuego de los trópicos.

Se me olvidaba decir que el buque, en honor del Santo Rostro, bautizaron con el nombre de “Osa de la Vega”, nombre que se destacaba en gruesas letras a babor y a estribor.

Empezó á subir la procesion y al divisar los fieles las Santas imágenes, prorrumpieron en vivas atronadores. Colocadas las imágenes en el buque que se le había colocado cerca del pretil de la Catedral subió el Sr. Obispo revestido en pluvial y mitra como igualmente lo hicimos los sacerdotes con capa pluvial. Colocados el Sr. Obispo y yo en la popa y los demas sacerdotes á babor y estribor y todos sentados, partió el “Osa de la Vega” al estruendo de multitud de bombas (grandes truenos como los de los cohetes) volteo de campanas y un grito atronador de “Viva el Santo Rostro” Viva la Virgen de la Peña de Francia”. El buque era tirado por mas de 500, vestidos a la marinera que se habían reunido de los pueblos. Bien pronto la multitud se agarró a los cables y no hay exageracion si digo que de las cuerdas tiraban mas de 1200 hombres no sin que alrededor del buque lo empujara la multitud afanosa por participar de la satisfaccion de haber con los esfuerzos contribuido á trasladar las imágenes.

La vista que desde el buque ofrecia la plaza de la Catedral era sorprendente. [...] No puede darse espectáculo mas mágigo ni mas sorprendente. Pues une á eso que antes de llegar al Santuario hay un templete levantado improvisadamente que tiene cuatro arcos iluminados con infinidad de farolillos de todos colores y adornados con multitud de banderas.

Aquel templete era como el puerto para el “Osa de la Vega”. Allí desembarcamos y allí se recibieron las Santas imágenes, las que se incensaron, y al son de la marcha Real...

La detallada descripción del traslado de las imágenes cuenta con todos los ingredientes no sólo del catolicismo, sino también de muchos de los componentes del despliegue imperial hispano. Veamos.

Por lo que respecta a lo religioso, es destacable la teatralidad de un recorrido presidido por imágenes, por representaciones de cuerpos con rostro *-bultus-*, circunstancia que separa, de un modo radical, el descrito viaje, que en modo alguno puede equipararse con otros de carácter espiritual como las iconoclastas peregrinaciones a La Meca, por ejemplo. Por otra parte, el relato da cuenta de la perfecta jerarquización de los representantes eclesiásticos, cuyo lugar en el escalafón viene manifestado por prendas muy concretas *-sobrepellón, capas, mitra-* así como del desarrollo de complejas ceremonias *-miserere, misa cantada, sermón, volteo de campanas-*. En definitiva, la elaborada puesta en escena, y ello sin dudar un ápice de la sinceridad y fe de los intérpretes, encaja perfectamente en una línea de la que también forman parte los crucificados aludidos más arriba.

Sin embargo, junto a estos aspectos, se sitúan otros propios de la esfera política. La Marcha Real, esto es, el himno que recibe a las imágenes, es un símbolo del poder político español que todavía sujetaba tales tierras. Sin embargo, es la alegoría del barco que se desplaza por tierra tirado por sogas, la que llama poderosamente la atención. Y destaca precisamente, así lo entendemos nosotros, porque, mediante este artificio, el Santo Rostro parecía llegar no desde la Catedral a su nueva ubicación, sino desde un punto más remoto, el propio pueblo natal de Pedro de la Torre. Diremos aún más, el buque remite necesariamente a la misma llegada de los españoles siglos atrás, aunando en el viaje no sólo planes políticos, sino también evangelizadores. Un viaje inicial que tuvo continuidad en la ruta abierta por Urdaneta por la que transitaba el Galeón de Manila.

Es, sin embargo, esta doble condición de la presencia hispana en el archipiélago filipino la que, como dijimos, abrió paso a la controversia entre los planes de los religiosos y los políticos⁴. Un dato inserto en la carta sirve para calibrar las distancias que poco a poco se pudieron ir abriendo, este no es otro que el idioma elegido por los ministros de la Iglesia para dirigirse a su grey. Como podemos advertir, el sermón se dijo en idioma «vicol», no en español. La lengua indígena, como ocurrió con frecuencia y prontitud en América⁵, fue objeto de estudio sistemático por clérigos españoles. Ya en 1647, Andrés de San Agustín escribe *Arte de la lengua bicol, para la enseñanza de este idioma en la provincia de Camarines*.

El proceder, los planes, en definitiva, de la Iglesia y el poder político, y ello aún a pesar de la gran libertad de que gozaron en este sentido los monarcas españoles, manifestado a través del Patronato, fueron a menudo divergentes. Mientras desde los pulpitos se distribuía el pasto espiritual en latín o en las lenguas nativas, el poder político se desarrollaba en español.

Dos décadas después de que la carta en cuestión se escribiera, una nueva potencia, envuelta en el disfraz de la libertad democrática, pero con claros objetivos mercantiles, se asentó en las islas. Con él daba comienzo el retroceso del idioma español mas no, todavía, el de la implantación del catolicismo que aun hoy sigue distinguiendo a las Filipinas de las sociedades políticas que las circundan. Si los Estados Unidos de Norteamérica, hoy profundamente penetrados por el componente hispano, causaron tal transformación, cabe preguntarse si no será gracias al avance del español en las tierras de Jefferson el que propicie un nuevo renacer de la lengua de Cervantes en las ínsulas a las que fue donado el cuadro del Santo Rostro.

⁴ Divergencias cuyo mayor exponente podemos situarlo en el Paraguay dominado por los jesuitas.

⁵ Véase el libro de José Luis Suárez Roca: *Lingüística misionera española*, Ed. Pentalfa, Oviedo 1992.

*Reseñas
y comentarios
bibliográficos*

Inma Chacón,
Las filipinianas,
Madrid, Alfaguara, 2007, 328 pp. [ISBN: 987-84-204-7246-1].

Habiendo pasado ya algunos años desde la primera aparición de *Las filipinianas*, la obra comienza a envejecer con la capacidad de los clásicos, sin duda al menos por lo que a su capacidad evocadora se refiere. La novela histórica española sobre Filipinas siempre ha deparado sorpresas inesperadas, obras que han mantenido vivo el sentimiento romántico hacia una parte emotiva de nuestra identidad como pueblo: *La Perla del Oriente* (1993), y *Perdido Edén* (2004) de Jorge Ordaz, *Los primeros de Filipinas* (2004), de Pedro J. de la Peña, o *El Galeón de Manila* (2007), de Manuel Lozano Leyva. Se trata de obras que sorprenden gratamente de vez en cuando en los estantes de las librerías, no sólo manteniendo vivo ese espíritu nostálgico que aún pervive en España sobre Filipinas, sino incluso acrecentándolo. Son obras escritas por novelistas españoles que escasamente conocen la Filipinas real, pero que sin duda conocen la ideal, la que subyace en el subconsciente de un pueblo forzado en el siglo XX a enfrentarse con sus cenizas. Y ahí radica el valor, el gran interés que este tipo de novelas puede ofrecer para todo tipo de lectores interesados en Filipinas: escenificar el anhelo español por captar la esencia filipina, y narrar la transformación española llevada a cabo en el Extremo Oriente. El filipinismo léxico, tan comúnmente relegado en la actualidad (salvo obviamente en el español de Filipinas donde, a pesar del número casi tan elevado de agoreros como de hablantes, el español sigue activo), reaparece en estas obras, sin necesidad de cursivas, pues son españolas salacot, baguio, paipay, dalaga, abacá, sinamay, barangay, carabao, bata o parián. Junto a la recuperación léxica, encontramos una forma evocadora de narrar en castellano un entorno oriental, vivido en antiguos nombres de calles, bibliotecas, recuerdos y, en general, la cultura popular del español medio de la segunda mitad del siglo XX. En fin, quienquiera encontrar esa Filipinas metafísica, que irremediamente nos devuelve al embeleso alojado en algún lugar de nuestra identidad, deberá sin duda volver a estas narraciones de la literatura española actual, que siguen perpetuando el anhelo español por Filipinas.

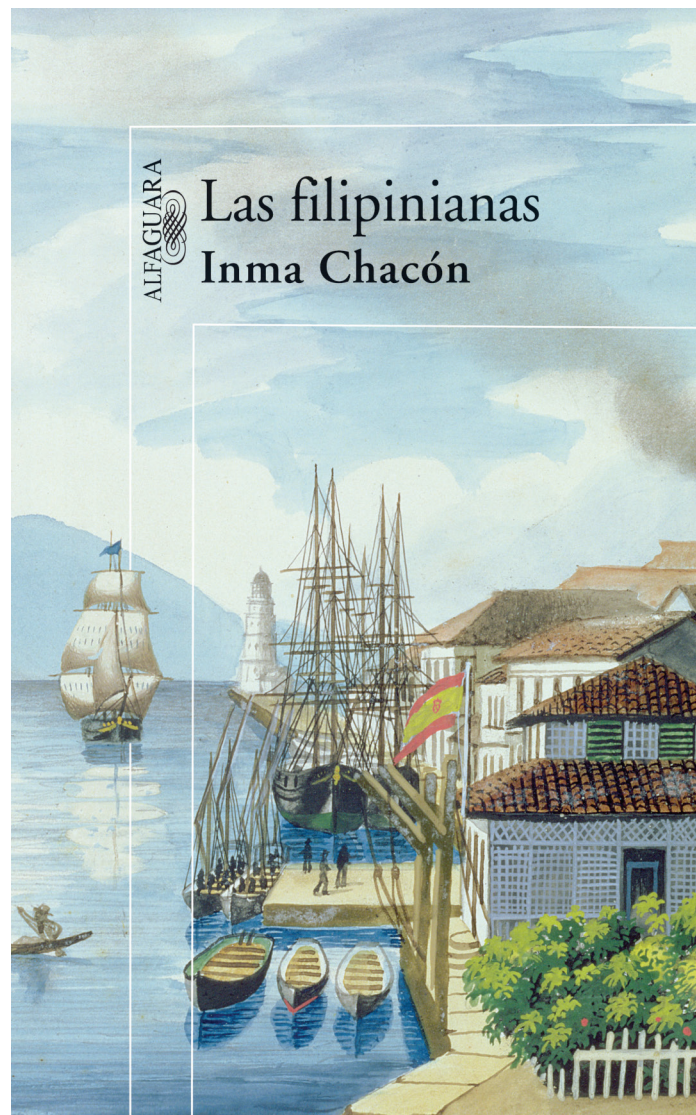
Y culminando este proceso reciente tenemos la obra de Inma Chacón, excelente acierto que no repite nada de lo ya hecho, sino que nos ofrece una lectura nueva y original de la evocación filipinista. En tal sentido, nada mejor que la puesta en valor para el lector de un concepto que reúne en sí todo el saber acumulado en torno a Filipinas, la “filipiniana”, palabra no recogida sorprendentemente por el diccionario académico, pero que se define muy bien en la novela: “Llamamos así a los archivos donde guardamos cosas de Filipinas. Hay un poco de todo. Libros, vestidos, grabados, pinturas, artilugios... ¡Cosas exóticas!”. En torno a este concepto como bien exótico y singular que se acomoda en un espacio físico de la biblioteca y emocional del intelecto, la autora logra tejer una historia de cuatro mujeres y un destino, Manila, en su deambular material por una vida acomodada y sentimental en pos de la verdad. Y aquí verdad no se escribe con mayúsculas metafísicas, ni con simbología masónica tan en boga de unos años a esta parte, sino con la transcendencia en clave femenina, con un enigma grabado en sus ojos. Quizá ésta sea la llave de una obra que se desarrolla a lo

largo de más de trescientas páginas, a ritmo asiático, un viaje transoceánico pausado y lánguido por la geografía de Toledo a Manila, y la vida de una estirpe donde mueren los varones y quedan las herederas.

Las *filipinianas* son esas futuras herederas de una estirpe aristocrática que se desvanece, que dejan el hogar de lo presumible para hacerse cada una en su propia circunstancia. Habiendo crecido en Alejandría, el destino manileño se presentaba como uno más en la vida pomposa del acomodo. No resulta así, y quizá el logro de Chacón es exponer pausadamente, lenta pero irremediamente, cómo Manila cambia la vida irreverente de unas mujeres hechas para el egoísmo, en un mundo de por sí egoísta, torpe y visceral, donde el glamour es la dirección más alejada de la verdad que esas mismas mujeres buscan.

En fin, esta novela resulta un ejemplar imprescindible en todas las bibliotecas filipinianas, pues es una pieza más no sólo de la historia de la novela histórica española en torno a Filipinas, o de la recreación de un mundo oriental anhelado por el subconsciente español, sino también de un viaje necesario de hombres y mujeres, donde el fin es irremediamente Manila.

ISAAC DONOSO



ADAM LIFSHEY,

The Magellan Fallacy. Globalization and the Emergence of Asian and African Literature in Spanish, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2012, 323 pp. [ISBN tapa dura: 978-0-472-11847-2; ISBN libro electrónico: 978-0-472-02866-5].

Era inevitable que tarde o temprano apareciera un norteamericano que se interesase por un mundo cultural que ya le pertenece: la extensión universal de la lengua española. Con un crecimiento demográfico imparable, y una presencia cultural cada vez más sólida como realidad estadounidense, la lengua española ya no es una disciplina exótica para estudiar la Guerra Civil peninsular o las turbulencias de América Latina, sino que penetra en el conjunto del mundo académico de Estados Unidos. Era obvia la falacia de una división maniquea de los departamentos de español entre España e Hispanoamérica, cuando el español alcanzó y alcanza los cinco continentes. Si se estudia la literatura en inglés desde Canadá a Singapur, y en portugués desde Brasil a Timor, era inexplicable por qué no se estudia la literatura en español desde California a Filipinas. Después de la magistral labor de John Lipski por exponer la mundialidad y diversidad de la lengua española, estaba claro que no tardaría en aparecer un norteamericano que aplicase similares conceptos al campo literario. Y Adam Lifshey es quien ha tratado de establecer las bases epistemológicas para un estudio de la literatura asiática y africana en español para un mercado en lengua inglesa.

Acertadamente la obra señala la existencia de una actividad crítica y académica en torno al objeto de estudio del libro (*It seems evident that a historical turn in global literary criticism is taking place in which the full breadth of the hispanophone world is finally being acknowledged*, pp. 261-262), pero por otro lado, pretende haber dado forma al mismo objeto (*This book operates in an scholarly space that is replete with obscurities and invisibilities. For starters, the field of Asian and African literature in Spanish does not exist as such. The Magellan Fallacy proposes its existence*, p. 7). En cuanto al método, se señala que no se pretende hacer un estudio de arqueología literaria (*This book is not primarily a recovery of unknown literary artifacts, not an archaeological expedition*, p. 4), pero al final se dan instrucciones en esa línea (*The easiest way to begin archaeological effort of unearthing and gathering the corpus of Filipino literature in Spanish [...]*, p. 267), mientras se denostan como colonialistas empresas estrictamente filológicas, como «Clásicos hispanofilipinos» (*Even seemingly unimpeachable projects of the recovery of Filipino texts in Spanish can carry neoimperial or nostalgically imperial overtones*, p. 303). En cuanto a la bibliografía, se pretende ofrecer un trato exhaustivo de las referencias, incluso de material inédito hecho por estudiantes (*Regarding cited scholarship, an unusually high number of unpublished theses by students at different levels are referenced in The Magellan Fallacy*, p. 23), pero se dejan sin menciona obras capitales: la primera edición crítica del *Noli me tangere* de Rizal (2011), *Literatura hispanofilipina actual* (2011), y más grave, se tratan secundariamente o, directamente no se tratan, las colecciones de literatura hispanofilipina («Colección Oriente», ArCiBel & Wanceulen; y «Clásicos hispanofilipinos», Instituto Cervantes de Manila) e hispanoaficana («Biblioteca hispanoaficana», Verbum; «Casa de África», Sial). Así que, mientras se denosta lo

arqueológico (pero al final la obra, donde resalta, es en exponer que se han pasado varias tardes entre adolescentes en la Biblioteca Nacional de Filipinas) se desdeña también lo filológico. Mientras se denosta la actividad filológica española como colonialista, todo el libro no puede ir más lejos de la crítica postcolonialista, tan típicamente norteamericana.

En efecto, aquí tenemos la segunda de las falacias que la obra pretende exponer: la obra marginal hecha por individuos en un entorno colonial y postcolonial en la lengua de la metrópoli, acaba siendo más global y central que la obra de la propia Metrópoli. Eso sería la falacia del “conquistador conquistado”, Magallanes conquistado por Lapu-Lapu. Y esta idea se repite hasta la saciedad, no en términos críticos, sino políticos, es decir, la alegoría del mundo postmagallánico, el conflicto postcolonial, como eje vertebral de estas literaturas. El tratamiento artístico y estético siempre va en esa línea, la validez global que deben tener las literaturas filipina y ecuatoguineana, no como un ejercicio localista y costumbrista, sino como reflejo de las tensiones de la modernidad. La idea no es mala, el problema es que conduce a una nueva falacia que el autor no logra superar: las lenguas son alienas al colonizado, y la literatura en esas lenguas ajenas es un producto postcolonial. La lengua del colonizador nunca será la lengua del colonizado, argumento que señalaba Rizal en un magnífico español, y argumento que no se cita y que hubiera dado mucho juego a un volumen escrito por un estadounidense sobre literatura filipina en español. Nada como los estudios ingleses y postcoloniales para rizar el rizo de la mentalidad colonial. Ésa podría haber sido una falacia espléndida que el libro podría haber explorado.

A partir de esta premisa, el volumen repite las mismas consignas que han lastrado un objeto de estudio tremendamente maltratado: 1) no existe una literatura filipina en español hasta Pedro Paterno; 2) la literatura actual hispanofilipina no existe o no tiene relevancia; 3) Rizal no quería la independencia, sólo reformas; 4) el español nunca se llegó a hablar en Filipinas; 5) el concepto de filipino sólo es aplicable a los criollos; 6) Filipinas fue una nacionalidad imaginada, siguiendo a Anderson; 7) los curas no enseñaron el español y existía una segregación racial, etc.

A pesar de que el libro se presenta como un cambio en el paradigma, se mantienen muchos de los lugares comunes en torno a esta literatura: la literatura de la Propaganda es vista como un ejercicio protonacionalista que deambula en términos políticos hasta la Segunda Guerra Mundial, y no existe literatura desde 1571 hasta mediados del siglo XIX, como tampoco es relevante mencionar lo que se ha hecho desde 1987 hasta el presente. Se afirma repetidas veces que *Ninay* es *the first Asian Novel in Spanish*. Otra cosa se diría si se hubiera dado crédito al mundo barroco, tan productivo en Filipinas como en América Latina. Para nuestro interés, *Revista Filipina* es mencionada esporádicamente, en ningún lugar para señalar su importancia en la globalización a través del ciberespacio del mundo filipino en clave hispánica. Se mencionan autores actuales como Edmundo Farolán y Guillermo Gómez Rivera, pero no como escritores originales, sino como divulgadores. En fin, se ataca la arqueología literaria (pero es lo que se hace a través de tesis de grado), se obvia la crítica textual, se rebaja el mundo académico filipino, se ataca el colonialismo (desde Estados Unidos), se evita caer en el orientalismo (empleando sin embargo una alegoría entre Magallanes y Lapu-Lapu, anacrónica y extemporánea), se circunscribe todo el análisis a la novela (en verdad al análisis de siete novelas) para explicar todo el mundo literaria asiático y africano en español; se olvida la poesía, el teatro y, más gravemente, el ensayo; se trata muy someramente de la literatura magrebí en español, de la que tanto hay escrito, no sólo actual, sino histórica (Marruecos, Sáhara, Argelia y, cómo no, la literatura morisca y

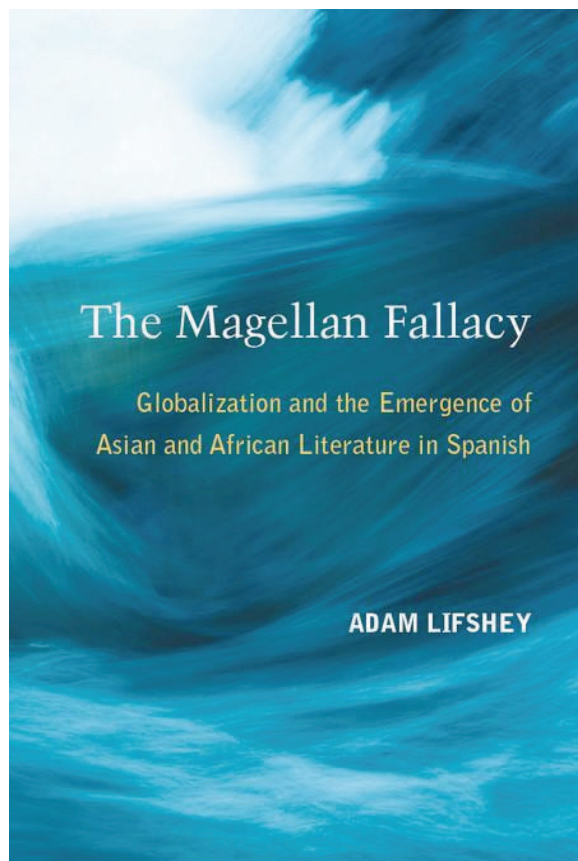
sefardí de todo el Mediterráneo) y se minimiza el papel de la crítica literaria en torno a un objeto de estudio que se acuña como propio.

Si es en términos políticos como se quiere ver, es cierto que el libro plantea un nuevo panorama, sobre todo para los departamentos de estudios hispánicos norteamericanos, excesivamente pragmáticos y divididos en dos esferas geográficas, tal vez porque Filipinas fue borrada precisamente por Estados Unidos, y Guinea Ecuatorial no ha comenzado a hacerse visible hasta que las compañías petrolíferas estadounidenses se han apoderado del país.

Pero estrictamente en términos literarios, la obra hubiera hecho mejor favor si hubiera sido menos acomodaticia a las afirmaciones tradicionalistas y hubiera tenido en cuenta publicaciones que sí han agitado el estado de estos estudios. No sorprende por lo tanto que el autor afirme que desea cuanto antes ver superada la obra (*The Magellan Fallacy inspires such readers to forge further arguments about Asian and African literature in Spanish, to develop them passionately, and to render this book obsolete as soon as possible*, p. 8). La lástima es que, presentándose en un volumen espléndidamente impreso, con una consigna revolucionaria, no plantea nada nuevo más allá de la atención del público estadounidense hacia una literatura que ha sido y será universal. Al menos eso sí que lo logra, y ya es reseñable, porque Estados Unidos tiene tanta responsabilidad para el mundo hispanohablante como el que más, y aun la va a tener más en el futuro.

Por todo ello, y a pesar de las lagunas que hemos señalado, normales por otro lado en cualquier obra con un objeto de estudio tan extenso, la publicación del presente volumen nos llena de alegría y es una excelente noticia para la bibliografía hispánica.

ISAAC DONOSO



Marjorie Evasco y Alex Fleites
Fishes of Light / Tanrenga in two tongues
Peces de luz / Tanrengas en dos idiomas
 Quezon City, SIPAT Publications, 2013.

Hay escritores que pintan y pintores que escriben, como el poeta romántico William Blake y sus pinturas visionarias, o la rusa Elena Guro, cuyos escritos y cuadros de la naturaleza se caracterizan por matices metafísicos y algo de juego infantil. Hay escritores y escritoras quienes se aventuran a dibujar y pintar imágenes insólitas también, pero con sus palabras. Este es el caso de la filipina Marjorie Evasco y el cubano nacido en Venezuela, Alex Fleites. *Fishes of Light/Peces de luz* es su primera creación conjunta de versos encadenados en inglés y español, en la antigua forma poética del *tanrenga*. Básicamente el *tanrenga* es un género colaborativo perteneciente a la tradición japonesa del *renga*, pero se distingue por su brevedad: un autor traza una imagen en tres versos y luego el otro la termina en dos. Nadie acaba resumiéndolo mejor que Evasco, quien en el prólogo se refiere al *tanrenga* como “a convivial play of images sprung from each poet’s awareness of the astonishment of things.”

Ahora, en *Peces de luz* Evasco y Fleites le dan otro giro a la antigua forma del *tanrenga*. El ejercicio poético de ellos fue el siguiente: ella escribía los primeros tres versos en inglés, él los traducía al español, y acababa el poema con dos versos, que ella luego traducía al inglés. Después se intercambiaban los roles: él comenzaba escribiendo los primeros tres versos en español y ella los siguientes en su idioma. En cuanto a lo que podría haber resultado en un conflicto lingüístico en la creación de estos poemas bilingües, en el epílogo Fleites nos revela: “ella no habla el idioma de él, pero escucha como nadie sus palabras. Él no sabe las lenguas en que sueña su amiga, pero puede recoger bajo el cerezo florecido las sílabas que destiló su corazón hacia la noche”. *Peces de luz* es tan solo una selección de aquel juego que se prolongó por dos años.

Cabe aquí trazar un perfil biográfico de cada uno. Evasco, profesora y poeta quien ha recibido numerosos reconocimientos como el prestigioso *Southeast Asia Write Award*, escribe en inglés y cebuano, pero ha estado dialogando con el mundo hispanoparlante desde hace unos años. Así lo indica su último poemario, *Skin of Water* (2009), el cual contiene traducciones al español. Además de poeta, Fleites es periodista, editor, crítico, guionista y traductor. Se le ha otorgado el Premio Nacional de Poesía “Julián del Casal”, entre varios otros, y sus poemas han sido traducidos a más de diez idiomas. La obra lograda por cada uno impresiona por separado y deja espacio para que uno se cuestione cómo y cuándo el azar permitió que se encontraran.

De la misma forma, es posible que al comienzo el lector de *Peces de luz* sienta la leve tentación de preguntarse o distinguir quién concibió cuáles versos, sea por algún referente cultural, el orden de palabras, o por expresiones que se dirían tal vez más en inglés o español, en Filipinas o Cuba. Pero como sus voces se van entretrejiendo y la presentación de las estrofas en dos idiomas es tan simétrica que pronto se deja de leer desde estos límites geográficos. Dice un poema:

Birds note silences:
between calls they listen well,
measuring distances.
 What is not heard
 is the birds' true song.

Los pájaros notan los silencios;
escuchan bien entre las llamadas,
y miden las distancias.
 Eso que no se oye
 es el verdadero canto de los pájaros.

Tal vez aquel inaudible pero “verdadero canto de los pájaros” es el mismo canto que el poeta chileno Juan Luis Martínez alguna vez llamó *pajarístico*. Así, el lector es invitado a jugar, a entremezclarse con las imágenes y a hacer sus propias conexiones.

Según Fleites, *Peces de luz* es “para regocijo de los enamorados y los niños”, es decir, para quienes un instante se puede convertir en infinito. Y aunque algunas imágenes lleven cifrado el paso del tiempo, no surge la sensación de monotonía. Cada poema parece indicarnos que nunca se sabe qué le puede traer el día (o la noche) a uno. Un sueño puede llegar a asombrar tan inesperadamente como una cigarra verde, un loto danzante u otra imagen latente que está por escribirse en verso, en otro idioma, al otro lado del mundo.

No se puede no mencionar la importancia de la fisicalidad de *Peces de luz*, el estar diseñado como libro plegado. Distinguiéndose ya en definitiva de una pintura, *Peces de luz* despierta una sensibilidad de tacto y permite que el lector sienta los pliegues de papel mientras los versos se van desplegando. El despliegue continúa incluso cuando la tira de papel se vuelve a cerrar como libro y se guarda en su bella solapa de tres carillas. Es además una experiencia visualmente estimulante porque todos los versos están caligrafiados a mano por Kristian Jeff Agustín y acompañados por ilustraciones de la artista Chua Keng Keng, de peces en acuarela que parecieran nadar hacia una dirección, no sólo de un pliegue a otro, sino que también de occidente a oriente.

Luego de la lectura el lector no sabrá dónde estuvo ni cuánto tiempo ha pasado porque así son los juegos de niños y enamorados. Pero sin duda, aquella tentación mencionada de adivinar quién dijo qué habrá quedado absolutamente disuelta. Al final quedará claro que aunque los autores de estos versos viven en islas distanciadas, respirando brisas de mares diferentes, ellos no están aislados. Evasco y Fleites —poetas, amigos y “compañeros de conciencia”— demuestran la posibilidad de comunicarse a través de “los hilos de la lluvia”. Resulta excesivo tratar de seguir describiendo la experiencia del lector ante *Peces de luz*. Por ahora basta quizás decir que quien tenga al alcance de su mano esta complejamente seductora edición, podrá oír muy bien los ecos de una conversación que atraviesa barreras culturales, y se sostiene firmemente en el poder de la palabra y la imagen.

Paula C. Park

Fishes of Light

Lanrenga in two tongues

Peces de Luz

Lanrengas en dos idiomas



Marjorie Evasco Alex Fleiter

*Creación literaria
y actualidad*

EL NOMBRE DE LA GUMAMELA

CARLA MONTEMAYOR

Texto original publicado en inglés en el semanario filipino Newsbreak el 9 de julio de 2011. Traducción al español de Raymundo Addun Pascual.

Londres. Hay tres preguntas que se han hecho de mí por mi apellido en los últimos años. Primero, ¿se trata mi nombre de un pseudónimo? Segundo, ¿estoy relacionada con Nora Aunor? La respuesta a ambas preguntas es no. De hecho, Montemayor es mi verdadero apellido. Puede sonar como el nombre de pantalla de una *bold star*, pero no lo es. Y no, no estoy relacionada con la superestrella, cuyo apellido real es Villamayor ¡Lastima! Ya que si fuera una actriz sexy de la gran pantalla, esa conexión sería muy útil.

La tercera pregunta es, ¿por qué no he cambiado a mi nombre de casada? Responderé a esa pregunta más adelante.

Debo admitir que mi apellido puede ser un problema. Se ha pronunciado mal y también se ha escrito mal muchas veces. Ya he dejado de enojarme. Por aquí es pronunciado “Montemehyor” por la mayoría. En un caso, lo escribieron Montmayer. ¿Qué?, ¿de pronto soy judía?

He hecho algunas investigaciones sobre la historia de mi familia durante los últimos diez años, más o menos, como un proyecto personal. El lado paterno es más fácil de investigar, ya que existe un árbol de familia reunido por mi tío abuelo, Félix M. Montemayor (distinguido hijo de Alaminos, 1983). Lo que he encontrado es que Montemayor, en cierto sentido, no es mi apellido “verdadero” y sí, podría haber una relación judía tenue.

He aquí algunas cosas que he podido recopilar:

1786: Un tal Martín Montemayor aparece en la lista de los líderes locales de Sarapsap (nombre antiguo de Alaminos, Pangasinán), el primero con ese apellido. Sabemos que los políticos del pueblo de la época fueron nombrados debido a su estatus social y su riqueza, por lo que concluimos que Martín tenía los dos. Si fue blanco, tal vez tambaleó su camino hacia la respetabilidad. Bastante fácil para los aventureros de la época, nadie lo podría buscar en Google.

Entonces, ¿quién fue el primer Montemayor de Alaminos? ¿Fue Martín? ¿Fue un español que se aventuró a la colonia en busca de fortuna o tal vez para escapar de sus desgracias en la Península? ¿Era de México, donde hoy en día se encuentra la mayoría de los Montemayor?

México parece ser el eslabón más lógico. El galeón de Manila (Manila-Acapulco), zarpaba el océano Pacífico desde 1565 hasta mediados del siglo XIX. Diego de Montemayor (1530-1611), un explorador español, fundó la ciudad de Monterrey en el noreste de México en 1586. Nacido en el sur de España, lo más probable es que fuera de ascendencia judía sefardí. Fue él quien trajo el apellido Montemayor a México.

¿Hizo uno de sus descendientes un viaje a Acapulco, se enroló en un galeón de Manila y cruzó el Pacífico? ¿Cómo lo hizo y cómo pudo luego llegar a Alaminos?

1840: A comienzos del siglo XIX, los Montemayor parecían muy bien arraigados en Sarapsap. Algunos de ellos aparecen en la lista de los dirigentes locales a lo largo de los siglos XVII y XIX.

En 1840, la iglesia de Sarapsap fue reconstruida después de un incendio. Entre los residentes prominentes para poner las primeras piedras de la nueva iglesia fue un Domingo Montemayor. También estuvo presente el padre cura, José Tornos (c.1824-1878), un sacerdote español de la misión de los Recoletos, y amante de la “señorita” del pueblo, Fruta Montemayor (1835-1907). Puedo rastrear mi familia directa de la rama Tornos-Montemayor.

El Padre Tornos supervisó las obras en la iglesia desde 1849 hasta el año de su muerte, 1878. Un momento: si realmente nació en 1824, esto significa que había una diferencia de once años entre él y Fruta. Bueno, si se hicieron pareja en la década de 1850, él habría estado en sus veinte y ella en su adolescencia ¡Ah, el viejo verde!

1849: El decreto del Gobernador Narciso Clavería Zaldúa se emite, obligando a todos los filipinos a escoger un apellido de un catálogo de apellidos de España.

Téngase en cuenta que el primer Montemayor que aparece en los registros de Alaminos data de 1786. Esto significa que poseía el apellido antes del ejercicio en masa de 1849. Luego lo pasó.

Sin embargo, mi rama de la familia heredó el apellido, no de un hombre, sino de Fruta Montemayor, cuyos hijos no podían llevar el apellido de su padre por ser un hombre de la sotana. Es en este sentido que Montemayor no es nuestro “verdadero” apellido, pero igual de bien porque suena mejor que Tornos.

Siempre me he preguntado sobre Fruta. Ella y Padre José tuvieron seis hijos. Eso significa que no era exactamente un romance secreto. ¿Fueron condenados al chisme o al ostracismo del barrio? O si no, ¿tal vez eran considerados como una pareja de poder? ¿Realmente estaban enamorados el uno del otro? ¿Y Fruta?, ¿tenía elección en cuanto al tema?

Aquí es donde los registros históricos me fallan: la historia de su unión, prohibida como la fue, se pierde en el olvido. Ella nunca se casó tras la muerte del Padre José. Él dio instrucciones para que su cuerpo no fuese enviado a España. Ambos fueron enterrados en la iglesia que él ayudó a construir.

1872: Se cambia el nombre de Sarapsap a Alaminos después de una visita del Gobernador Juan de Alaminos, y como resultado de la campaña de Domingo Montemayor.

1906-1909: Mi bisabuelo, Ciriaco Montemayor, fue concejal en el Ayuntamiento de Alaminos. Se casó con una prima, también de apellido Montemayor (en aquella época no estaban demasiado preocupados con la genética).

1935: Mi padre, Carlos Montemayor (1935-2003), descendió de Leoncio, hijo de Ciriaco.

Lolo Leoncio era un estudiante de derecho en Manila cuando se fue a su casa durante una vacación de verano y se fugó con Dominga Dona, hija del inquilino más molesto de los Montemayor. La pareja joven fue desterrada. Mi padre pasó sus primeros seis años de vida en un pueblo agrícola con sus familiares maternos. Cuando llegó a la edad escolar, su padre rogó a sus padres para que lo aceptasen en su casa, y pudo asistir a la escuela municipal de Alaminos.

Así fue como mi padre conoció a sus parientes paternos y su patrimonio colorífico. Y mientras él adoraba a sus abuelos y vivió una infancia feliz en su casa, él también sabía que su otra mitad no estaba allí: su madre siempre sería tratada como una sirvienta y una intrusa. Fue una lección de injusticia que nunca olvidó.

Esto es lo que yo tengo por ahora. No tengo pretensiones de gloria ni grandeza. Es sólo la historia de las personas que vinieron antes de mí. Como en todo clan, hay caballeros y villanos, triunfadores y locos, las disputas por el dinero, la crueldad. Sólo puedo estar orgulloso de mi propio padre, que se sobrepuso de la pobreza, trabajando para terminar sus estudios de derecho, y llegó a ser un respetado fiscal. Lo que importa, él me solía decir, es lo que uno hace de su propia vida, y que sea más humilde con las personas que no tengan poder sobre él.

Es por la memoria de él que he decidido mantener mi apellido. También le doy un guiño a Fruta, que no tenía más remedio que mantener el suyo.

